

Impunidad, dolor y dignidad

Por Alejandro Angulo Novoa, director del Cinep

¿Qué pasó?, ¿Cómo pasó?, ¿Por qué pasó? Estas son las preguntas que asaltan y torturan a los millones de colombianos inocentes que han perdido seres queridos, o han sido despojados de sus tierras, o se encuentran privados de su libertad, o sufren cualquier otra de las múltiples mutilaciones que la guerra logra inflingirles pero que la razón no logra explicarles. Para conjurar la sin razón, el CINEP quiere, al conmemorar los diez años del asesinato de Mario Calderón y Elsa Alvarado, hacer pública profesión de su fe en la vida y en la justicia.

Deja múltiples dudas el hecho de que si esas preguntas talvez pudieran ser respondidas algún día, las atrocidades del sin sentido que las produjo no conlleven ni la sanción social ni la condena legal. Esas dudas pesan sobre la capacidad del país para reconstruir su sentido de la justicia y de la verdad en las relaciones ciudadanas. Se detecta una falla ética que no podrá jamás ser reparada por la sola política, ni prevenida con el solo derecho. La brecha no podrá cerrarse con el solo pensamiento porque es una herida que yace en lo profundo de los corazones. La verdad social no nace en el entendimiento sino que se hace con la voluntad.

Los articulistas en este número de *Cien Días vistos por CINEP* no disipan tamaña duda. Así por ejemplo N. Paredes y J. L. Medina, al mirar la política social, aceptan desde luego las buenas intenciones de la letra, pero verifican las contradicciones simultáneas de las medidas. A. Delgado sugiere que la trayectoria del asesinato de sindicalistas tiene todos los visos de un plan contra cualquier forma de organización del pueblo pobre. M. C. Torres y T. Vásquez refuerzan esta visión al mirar el conflicto actual como la derivación lógica de la inadecuada resolución de luchas precedentes. Y uno no alcanza a discernir si en todo ello prevalece la insuficiencia de los recursos estatales o la manipulación política de unos pocos desalmados para incautarse la riqueza nacional. Pero puesto que hay un vasto acuerdo sobre la riqueza del suelo colombiano, es muy de presumir que la causa predominante sea más bien la falta de voluntad política. Esta no se remedia ni con más leyes, ni con la sola presión politiquera.

Son solamente las víctimas las que con la fuerza de su sufrimiento pueden sacar al país de este sin sentido de la guerra y proponer la paz.

Todas esas observaciones, al igual que el recuerdo de nuestros dos colegas Mario y Elsa, cuyo asesinato sigue impune hoy, nos permiten palpar la impunidad muy de cerca, y descubrir detrás de ella, una enorme desvergüenza que se ha ido entronizando como valor en la sociedad colombiana. La vergüenza, como sentimiento primordial que es, no se puede ni mandar, ni mucho menos imponer. Es un valor para quienes entienden y aceptan la dignidad humana. Pero quienes

han perdido el respeto por la vida de los demás también pierden la vergüenza, porque nada les parece indigno. Con la premisa individualista todo es justificable. Con profundidad lo expresó F. Dostoyevski: "si Dios no existe, todo es lícito". Si el paramilitarismo es el gran inquisidor, sus víctimas son unos infelices condenados justamente a muerte. Y esto es lo que sienten muchas organizaciones que se niegan a entrar en un proceso de reconciliación conducido por la desvergüenza, para la cual la masacre es un instrumento de trabajo, el desplazamiento forzado un título de propiedad y la tortura un camino hacia la verdad. Tanto más cuanto que en el proceso colombiano los victimarios están siendo tratados con una consideración que no se tiene en ningún caso, ni en ningún lugar con sus víctimas.

Hay, pues, una renuncia a la perspectiva moral y una inversión de la ética que se traduce en la pérdida de la dignidad personal inducida por el desconocimiento teórico y práctico de la dignidad de los demás. Y esta se conjuga con una proliferación de políticas oficiales, apoyadas por auxilios internacionales, que valorizan esa renuncia a la moral y esa torcedura de la ética. El programa de reinserción recibe cada mes del Estado colombiano y de la cooperación internacional muchísimo más dinero del que se le ha concedido por una vez en la vida a todas las organizaciones de víctimas, que, además, son mucho más numerosas que los victimarios. La perversión del sistema lo lleva a premiar a los criminales y a castigar a los inocentes por ellos atropellados.

Son solamente las víctimas las que con la fuerza de su sufrimiento pueden sacar al país de este sin sentido de la guerra y proponer la paz. Así, en el Oriente Antioqueño, una organización de mujeres sobrevivientes y dolientes de la lucha armada, ha descubierto un lema que puede redimir al país: "Que el dolor sea propuesta". Esta idea posee una gran profundidad y un arrollador dinamismo porque brota de los corazones de mujeres que han recuperado el sentido de la vida, sacándolo de la intensidad del dolor por la pérdida de sus seres más amados. Y esa recuperación la han logrado compartiendo su dolor, brindándose mutuo apoyo y entregándose al servicio de sus comunidades. En esta forma todas ellas sienten que su dolor compartido les ha dado la fuerza para proponer una nueva forma de amor como servicio desinteresado, en el cual han redescubierto su propia dignidad y la dignidad de todos los demás seres humanos, incluida la de los matones de la guerra que no saben sino conculcar la dignidad de la vida. Solo así el dolor amoroso es también una propuesta de reconciliación, porque sólo purificado por el dolor puede el amor inspirar el perdón.

Correo de contacto: alejandroangulo@cinep.org.co